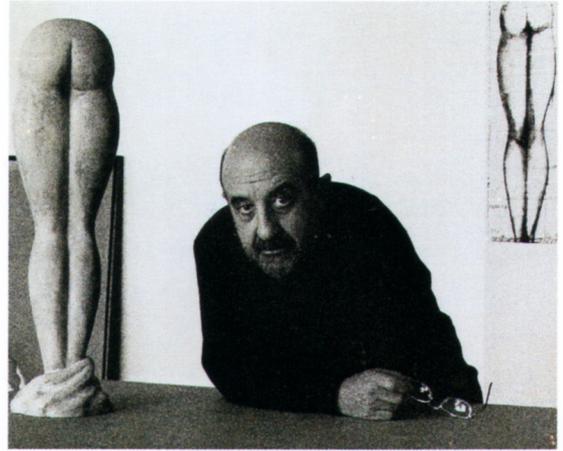




El arte
del cartel
en la obra de **EDUARDO ÚRCULO**



1938 Nace en Santurce **1941** Su familia se instala en Sama de Langreo, Asturias **1958** Asiste a clases en el Círculo de Bellas Artes y en la Escuela Nacional de Artes Gráficas **1959** Exposición individual en la Sala Cristamol de Oviedo y en la Caja de Ahorros de Ronda **1961** Expone de manera individual en el Instituto de Estudios Hispánicos de Tenerife, Ateneo de La Laguna y Casino de Marbella **1963** Realiza la escenografía de la obra teatral de Lauro Olmo La Camisa **1964** Exposición individual en las Salas Cristamol y Benedet, ambas en Oviedo **1965** Muestra individual en la Galería Quixote, con texto del catálogo de Camilo José Cela **1967** Expone en la Galería Kompagnistraede 20 en Copenhague. Viaja por Alemania, Dinamarca y Suecia. En Estocolmo tiene contacto con el pop americano por vez primera **1969** Exposición individual en la Galería Natubs de Berlín y Altamira de Gijón **1970** Es seleccionado para tomar parte en la XXXV Bienal de Venecia **1972** Exposición individual en la Galería Veranneman en Bruselas y Kreisler en Madrid **1977** Edición de una carpeta de serigrafías para la cual Camilo José Cela escribe un texto. Fernando Trueba realiza su primer corto titulado Úrculo **1978** Exhibiciones individuales en las Galerías Rua de Santander, Acto de Murcia y Tassili de Oviedo. Realiza la escenografía y diseña los vestuarios para la obra Las Bacantes de Eurípides, en versión de Fernando Savater **1980** Expone en la Galería Leyendecker de Tenerife. Eduardo Westerdahl y Francisco Calvo Serraller realizan textos para el catálogo **1982** Exposición retrospectiva organizada por la Caja de Ahorros de Asturias y que se exhibió en Oviedo, Gijón, Avilés, Mieres, La Felguera y Sama de Langreo **1984** Trabaja en sus primeras esculturas de bronce **1985** Exposición individual en la Casa Municipal de Cultura de Avilés y en la Sala Muriel

de Zaragoza **1986** El XVII Certamen Nacional de Pintura de Luarca le dedica la edición de dicho año **1988** Elabora los carteles de la Corrida de la Beneficencia y Veranos de la Villa **1989** Lleva a cabo el vestuario y la escenografía de la ópera Colón **1991** RENFE le encarga una escultura para la Estación de Atocha en Madrid. Presenta muestras individuales en la Fundación Caixa Galicia, la Coruña, y en la Galería Aritza de Bilbao **1992** Exposición individual en la Galería Tretze de Castellón y en la Sociedad Económica de Amigos del País, Málaga. El Festival de Mérida le encarga la escenografía y el cartel de la pieza teatral Los siete contra Tebas de Esquilo **1993** "El arte", itinerante por Nueva York, Puerto Rico, Caracas, Buenos Aires y Santo Domingo. Se inaugura en Oviedo su escultura El regreso de Williams B. Arrensberg **1994** Exposición retrospectiva de pintura, escultura, dibujo y grabado, Centro de Arte Moderno Ciudad de Oviedo. Artista invitado en la XII Bienal Ciudad de Zamora, pintura y escultura **1995** Exposición individual en la Galería Durero de Gijón, Galería Sen de Madrid, Galería Aritza de Bilbao y Colegio Oficial de Arquitectos de Extremadura, Palacio de Camarena, Cáceres **1996** Artista invitado en la LVII Exposición Nacional de Artes Plásticas de Valdepeñas. Presentación individual en la Sala Pescadería Vieja, Ayuntamiento de Jerez. Inauguración de su escultura Exaltación de la manzana, Parque Ballina de Villaviciosa, Asturias **1997** Exposición individual en el Instituto Cervantes de París **1998** Individual en la Caja San Fernando, Sevilla **1999** Individual en la Galería Metta y participación en ARCO'99, Colección de Arte Contemporáneo de AENA, Últimas adquisiciones, Madrid **2000** Individual en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Sofía Imber y en el Centro Cultural de la Fundación Provincial, Caracas.

Relato de celebración para Úrculo en Caracas

Mientras visitábamos una antológica de Úrculo en Madrid hace un par de años, Mario Vargas Llosa me señaló una de las características narrativas de la pintura de Eduardo Úrculo: "Es el mundo de espaldas". En efecto, los motivos pictóricos de Úrculo residen en su memoria: ya pasaron por la medida personal del tiempo y se traducen en recuerdos que logran impregnarse del instinto artístico del pintor para transformarse en tatuajes que, a su vez, trasladan al espectador a la memoria del pintor, a una parte de su autobiografía. O, como quiso el estático y escondido Williams B. Arrensberg, al viaje de Úrculo a través de su propia pintura. De manera que el artista propone al espectador un reto en cada cuadro: resolver el enigma que hay en su interior y enhebra las referencias de Úrculo con su propia obra plástica. En cuanto a esa parte de su arte, no habría, pues, nada que objetar sobre los criterios exegéticos de la pintura de Úrculo, las frutas, las mujeres, Dalí, París, New York, la tierra, las vacas, los gatos, el viaje, el paraguas, la gabardina, los sombreros, el mar, el barco, el amor, el erotismo, las mujeres otra vez (pero desnudas, aunque sin mostrar su identidad), el pintor mirando su mundo, panorama desde el puente de aguas siempre turbulentas. Y el mundo oriental rescatado del recuerdo casi de repente. Y siempre esa música de los colores que Úrculo traslada con la sensación de una irritante facilidad también a los carteles.

Los carteles de Úrculo, entonces, son su memoria de frente. El encargo institucional al pintor no incide en la memoria de sí mismo, ni la constriñe a una determinada secuencia en la que la libertad del artista quede en cierta medida secuestrada. Todo lo contrario. Úrculo es tan personal en su pintura de estudio como en los carteles que encarnan y sustentan una determinada celebración, un diccionario de efemérides que significa la cicatriz de un sello nada ajeno al artista. Al principio, un cartel de Eduardo Úrculo fue su carta de presentación: nada más eficaz que las propias señas artísticas señalando el camino, el viaje, la singladura, la voluntad de ser de Eduardo Úrculo en París, al borde de la década prodigiosa de los 60. Después, fueron sus huellas en la arena, los pies del extranjero que viaja como un nómada sobre su propia vida.

Quisimos tanto París en esas fechas que siempre nos quedará un pozo rotundo de melancolía, como si hubiéramos vivido esa guerra y la del Vietnam. Como si hubiéramos estado en Liverpool emborrachándonos de vida con los Escarabajos. Como si ese instante mágico del tiempo nos hubiera liberado de esa otra memoria triste de la postguerra española, cuando Úrculo pintaba oscuros en el camino de Damasco, el territorio solitario que desembocó afirmativamente para el artista en la gloriosa exaltación del cuerpo femenino, desnudo y solo, como una ciudad sagrada y expedita para la conquista. El cartel, entonces, rodillas y piernas saliendo del escenario ante los ojos del espectador de los 70: azul espléndido, femenino, perturbador, el círculo polar que Úrculo "se pinta" en el cartel de su exposición de la Galería Multitud de Madrid, una celebración provocativa que lo sitúa en la mirilla de quienes lo acusarán de sospechoso, aunque más tarde tendrán que doblegarse ante el sistema de mensajes cifrados del viajero solitario que arroja botellas al mar con carteles dentro, palabras de color, sugerencias

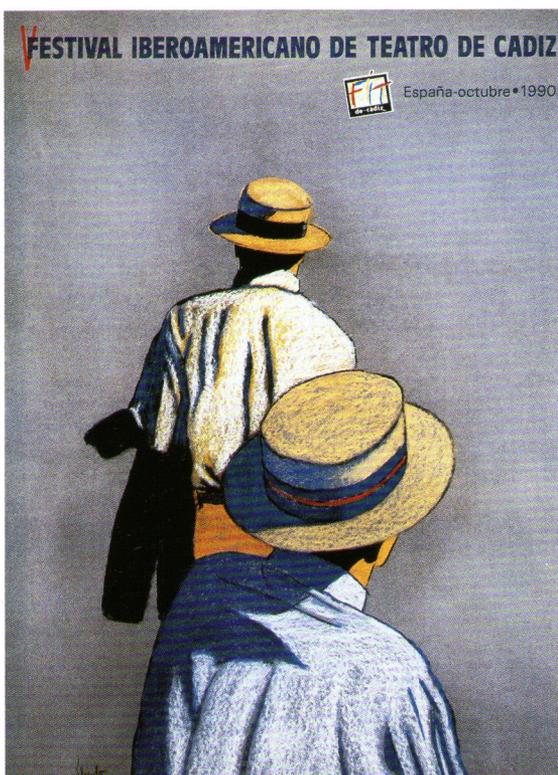
de estilo, Úrculo en fin cabalgando sobre su propio caballo blanco. Y el descubrimiento un poco más tarde de la caligrafía, las formas, los colores, los símbolos de la civilización y la vida orientales, al otro lado del espejo de Occidente, otro mundo lleno de enigmas al que Úrculo acaba de regresar después de tantos años: China, Hong Kong, Japón.

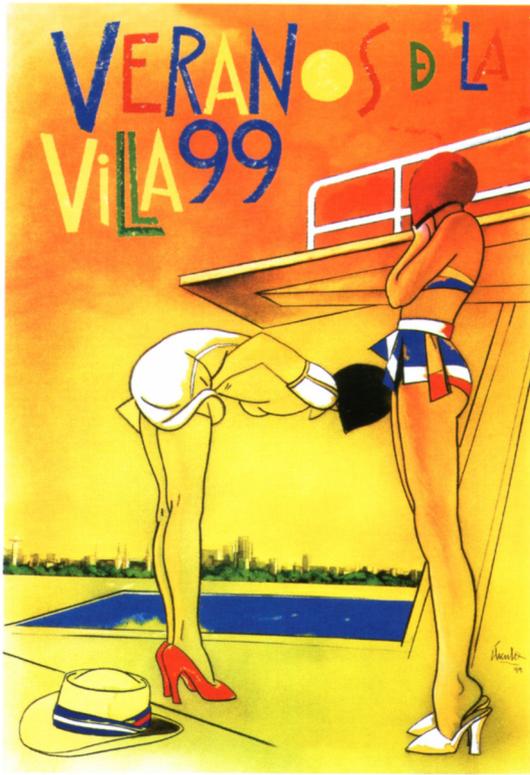
Dijimos antes que parte de la obra de Eduardo Úrculo *lo es* gracias a estar de espaldas al mundo. El cartel de Úrculo, con ser específicamente otro signo con otra intención, no prescinde sin embargo de la genética artística del pintor, sino que la reproduce y multiplica. Úrculo detesta la insoportable vanidad de ser objetivo, el imposible espejismo de un embuste que se perpetra y perpetúa con la exquisita hipocresía ejercida por los chamanes supersticiosos que organizan la jerarquía artística con el objetivo final de eternizar sus propias supersticiones. Úrculo, un demiurgo subjetivo, se dibuja en Santander en pleno verano universitario y deja a las palabras el luminoso reportaje de la historia, las fechas, el año, los datos que marcan el sujeto del cartel. Pero el pintor, a la sombra del mar, con el azul del norte estival llegándole a su memoria de frente, se autorretrata como protagonista de la fiesta. Y recuerda, y guarda en su memoria los recuerdos.

En su silla de ruedas, estático e intemporal, allá en su departamento de Brooklyn, cerca de la calle Montague, junto a la Pierremont Place, donde su amigo John Huston rodó **El honor de los Prizzi**, junto a donde lujosamente vivió Norman Mailer, Thomas Wolfe, Carson Mc Cullers, Arthur Miller, Auden e incluso Truman Capote en la cumbre de su fama, Williams B. Arrensberg sabe que la memoria de frente que Úrculo cinceló

en la escultura de bronce de más de dos metros es su propio retrato. Es el tatuaje de un viajero al que el tiempo y una férrea voluntad de autoexclusión lo hacen ver el mundo con la solvencia de la memoria absoluta, aquella que lo recuerda todo, en el lugar exacto y el momento oportuno. Arrensberg es el gran cartel de Úrculo, el viajero, pero ahora –como la realidad de Brooklyn– el viajero está anclado en bronce para siempre en la Plaza Porlier de Oviedo como homenaje y celebración de la amistad. Lluve y huela la garúa la gabardina de Arrensberg, empapa el sombrero, moja sus maletas. Pero impertérrito, el viajero resiste a pie de obra, lo recuerda todo y espera, paciente en su memoria, que el sol vuelva a lucir entre los árboles.

Un día de marzo de hace unos años, todavía década de los 90 en Madrid, en el





hotel Santo Mauro, donde residía durante aquella estancia en la capital de España, hablamos de Arrensberg con Paul Bowles. Úrculo y yo, mirando a los ojos a Paul Bowles, el superviviente de la mirada azul, tan suave como incólume. Hablábamos de Arensberg, New York, Marruecos, España, la pintura, la escritura, el siglo. Y del tiempo de la amistad. Los ojos de Bowles, escondidos de los arenosos recuerdos de su memoria, nos miraban tratando de escudriñar nuestras insanas intenciones. “Sólo soy un extranjero”, dijo por todo comentario el americano impasible. Si nos fijamos en la lectura de esos ojos y en su escritura, *sustangerine dreams* marcan las pautas de un tiempo feliz donde, a pesar de todo, fue siempre peligroso asomarse al exterior: más allá de la arena, hay que abandonar toda esperanza de supervivencia porque nunca comprenderemos las señales del territorio

ajeno. Bowles nada nos dijo de Arrensberg porque en su memoria seguramente resonaban los ecos de los gritos del autor de la inédita **Eternity at Central Park**, algunos de cuyos papeles mantengo en copia y a resguardo de hienas y chacales en el interior de uno de los sagrados de mi biblioteca cuya cubierta es (he ahí el viaje a todas las partes) precisamente la reproducción de un cuadro de Úrculo.

El círculo se cierra sobre la esfera, con Jorge Luis Borges en la memoria de frente del pintor Úrculo en los veranos universitarios de Santander, bajo la Plaza Porticada. La voz viperina de César –moneda falsa Rilke– se acerca al sabio ciego y trata de confundirlo. “Borges, aquí tiene una circunferencia”. Pero Borges no muerde la manzana porque lleva años que ha perdido la esperanza del paraíso, está ciego de leerlo todo y traduce con anticipación la trampa del mediocre: “Es una esfera”, dice Borges desdeñoso. Y mira hacia otro lado, como que no ve, con la tenacidad del silencio con que Bowles se autoproclamó extranjero cuando le preguntamos por su pelea muchos años atrás, en París, con Williams B. Arrensberg.

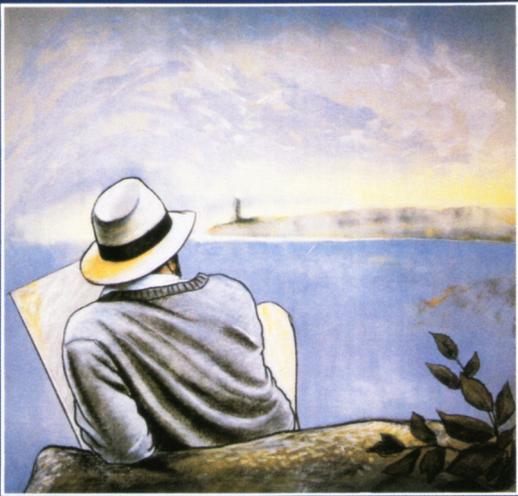
Regreso a Úrculo, a sus carteles, a Caracas, a la celebración de la memoria de frente del pintor, a su historia, al tiempo de la amistad y el recuerdo. Regreso a la sensación que me despiertan los cuadros de Úrculo que escogimos los dos como carteles luminosos para las cubiertas de mis propias novelas. De eso se trata, ése era el objetivo consciente: abrir varios frentes de guerra, no importa que en esos frentes se gane o se pierda. Lo importante de los frentes de guerra es abrirlos, pase lo que pase, se trataba de eso: de abrir un frente de guerra, un cartel insoslayable de Úrculo en cada cubierta

de mis novelas, desde su fantástico “La vasta noche” hasta el invento de La Habana en víspera del Papa polaco. Sucede que en el catálogo siempre hay un regreso que a veces es morir un poco, pero también resucitar del letargo, del presagio del final. Regresar a la celebración del verano de Úrculo en Caracas, casi 20 años después del cartel en que el pintor se verifica de espaldas a nosotros y de frente al Palacio de Cristal del Retiro en Madrid, como un espejo ese cristal del Retiro frente al que el artista, lejos del mundo, se mira y se reconoce nómada con sombrero, mirada larga, reposo del instante en ese cartel del ombligo del mundo donde Úrculo trabaja, encerrado en su estudio: calor, lienzo, pintura, silencio, besos, toros (cartel sobre cartel, al fin y al cabo), teatro clásico, mundo. Porque Úrculo en sus carteles, como en cada uno de sus cuadros, muestra sus cicatrices. Pueden verse aquí, en Caracas, en las paredes del recuerdo de un artista –Eduardo Úrculo– a quien el tiempo no sorprende nunca absorto en la creciente manía de la amnesia. O pueden encontrarse en cualquier parte del mundo, colgados del cielo en la ciudad de los sueños del artista, que viaja tan rápido como Aquiles, el de los pies ligeros, y habla como Cassandra, la pitonisa que avisa, por encima de los fantasmas, los malos sueños y el silencio. Troya es inmortal, pero el regreso a Itaca es la gran guerra. Úrculo sabe de esos viajes interminables, y lo dibuja y pinta en sus carteles.

J. J. Armas Marcelo

Madrid, Distrito Federal

Abril de 2000



**UNIVERSIDAD INTERNACIONAL
MENEZES PELAYO
1983**

Santander

Sitges, Pontevedra, La Coruña, Canarias, Sevilla, Roma, Lisboa
Cursos, Seminarios, Encuentros, Conferencias, Exposiciones y otras actividades culturales

Información: Amador de los Ríos, 1-3º, Madrid 4. Telf.: 4 10 49 01/02

Para la Fundación Provincial constituye una ocasión especial la presentación en sus espacios de una muestra de carteles del artista Eduardo Úrculo. El nombre de Eduardo Úrculo es indisoluble a la cultura española contemporánea. Estrechamente vinculado a la intelectualidad de su país, su obra ha sido y sigue siendo objeto de consideración para los principales historiadores, escritores y críticos de arte españoles. E inclusive, para intelectuales latinoamericanos de prestigio internacional, como es el caso de Mario Vargas Llosa.

Desde su obra de acento Pop -que le diera tanta popularidad en España- hasta su producción más reciente, el trabajo plástico de Úrculo ha sido un instrumento penetrante, capaz de desmontar los mitos sociales que caracterizan la vida en nuestras grandes urbes; pero también, de celebrar la belleza de las formas, la sensualidad de los volúmenes, la voluptuosidad de los cuerpos, ello a través de una vitalidad, alegría y exuberancia cromáticas, proyectadas en un amplio repertorio de temas donde la existencia cotidiana cobra siempre una renovada dimensión.

Esta condición de su trabajo plástico se transmite a sus carteles, que reflejan la evolución de su estilo y los cambios experimentados por su obra en el plano temático: la estética pop, el interés por el desnudo femenino, la provocación sexual, el paisaje urbano, la atracción por Edward Hopper, la invención de una iconografía personal del viaje (que en la producción de sus últimos años cobra un carácter medular y adquiere una dimensión existencial). Inclusive, las características formales de la obra pictórica de Úrculo se corresponden con una estética propia del poster, ésta entendida como la manifestación de cierta voluntad enfática puesta en la funcionalidad comunicativa y en la claridad expresiva: predominio de lo lineal, empleo de colores saturados, composición basada en la articulación de grandes planos, utilización de contornos subrayados, síntesis de elementos.

Ya se trate de sus carteles, o de sus pinturas y esculturas, el trabajo de Úrculo constituye una celebración de los placeres del arte y de la vida; pero una celebración que comporta muchas veces una visión contemplativa, casi nostálgica del mundo. Porque su obra se encuentra determinada por la expresión de una suerte de vocación romántica, que se materializa en una amplia serie de trabajos que tienen como tema obsesivo el silencio, la ausencia, la visión contemplativa del mundo, la confrontación entre la experiencia cognoscitiva interior y la exterior. Una visión que nos mueve a la reflexión, pero que en su sentido último se yergue como un canto al hombre y a la vida misma.

Fundación Provincial

El arte
del cartel
en la obra de **EDUARDO ÚRCULO**

Centro Cultural Provincial

Exposición N° 6
Junio - Agosto 2000

Coordinación general

Carmen Julieta Centeno

Curaduría, coordinación y textos de sala

El Gabinete

Texto

Juancho Armas Marcelo

Museografía

Bolivia Chacón
Carlos Martínez

Diseño Gráfico

Guillermo Salas

Rotulación

Titulus, C.A.

Pre-prensa e impresión

Editorial Arte

Edición

1.000 ejemplares

Depósito Legal

If25220007001320

ISBN

980-07-6768-1

Dirección

Avenida principal de La Castellana,
Cruce con calle El Bosque
Edificio Provincial, Piso 3
Caracas - Venezuela
Teléfono: 264 4966

Horario

Martes a viernes: 10:00 a.m. a 5:00 p.m.
Sábados y domingos: 10:00 a.m. a 3:00 p.m.

Fundación Provincial

Presidente

Hernán Anzola

Vicepresidente Ejecutiva

Pilar Hermosilla de Zorrilla

Gerente General

Felisa González

Consejo Directivo

Hernán Anzola
Juan Carlos Zorrilla
Ricardo Muguruza
Lorenzo Mendoza Giménez
José Ignacio Goirigolzarri
Imanol Valdés
Santiago De Ybarra

PROGRAMACIÓN

Martes 20 de Junio, 6:30 p.m.

El Cartel como medio de expresión visual

Conferencia:

SANTIAGO POL. Diseñador

Domingo 9 de Julio, 11:00 a.m.

Taller: **Diseño de carteles para niños**

Dirigido por:

MARÍA ANGÉLICA BARRETO. Diseñadora y Editora

Martes 18 de Julio, 6:30 p.m.

Recital de Guitarra

DÚO MONTES KIRCHER
